

El peregrino, René Descartes.

Por Matías Wiszniewer

(Autor de la novela histórica *Invierno sueco. El último viaje de René Descartes.*)

Al terminar sus estudios en el Colegio más importante de Europa, el futuro filósofo abandonó “el mundo de los libros” para ir en busca del “Libro del Mundo”, y luego de un vasto recorrido, inició la investigación de sí mismo. Descartes fue primero viajero y después filósofo. El autor de esta nota viajó detrás de esos viajes.

Era una mañana de enero, el mes más frío del año en Estocolmo. Me levanté a las cuatro de la mañana y salí a la profunda oscuridad de la ciudad vacía. Alcancé el frente del edificio que albergó la embajada francesa (donde Descartes exhaló su último suspiro, en el crudo invierno de 1650), y entre bloques de hielo surqué -remembrando la completa soledad experimentada por el francés durante las alboradas de sus jornadas últimas-, el tramo de la calle Västerlånggatan que atraviesa *Gamla Stan* (la ciudad vieja), y conduce al Palacio Real.



Calle Västerlånggatan en pleno invierno, y fachada la embajada francesa en Estocolmo (sitio de la muerte de Descartes), en el número 68 de la misma arteria.

“Ni un profesor ni un dialéctico” dijo alguna vez Jacques Lacan sobre Descartes, sino “un vagabundo”, en cuyo vagabundeo “encontró su camino hacia la ciencia”.

Después de pasar nueve años internado con los jesuitas en la prestigiosa Escuela de La Flèche, el futuro filósofo obtuvo su bachillerato en Derecho en la Universidad de Poitiers, pasó una temporada en París, arregló los negocios familiares, preparó la primera de sus grandes travesías y partió.

En el *Discurso del Método* escribe que, luego de tantos saberes aprendidos en la Escuela, y sintiéndose agobiado por diversidad de opiniones que le habían

transmitido, se percibía un ignorante, sin saber de qué manera orientarse en esa marea de información, ni cuál de los conocimientos adquiridos era verdadero y cuál falso. Entonces, “no bien la edad me permitió salir de la sumisión a mis preceptores, abandoné por completo el mundo de las letras”, dejó escrito en el más famoso de sus textos.

A los 22 años, dejó su Francia natal.



La localidad alemana de Neuburg, donde Descartes soñó su filosofía, en la noche del 10 al 11 de noviembre de 1619.

Siendo católico, se alistó por un tiempo en los ejércitos protestantes de los Países Bajos. Después se embarcó por los mares del norte, pasó por Dinamarca, desembarcó en Polonia y se sumergió en el ojo de la tormenta: los territorios del Sacro Imperio Romano Germánico, donde estaba por estallar la devastadora Guerra de los 30 años, que aniquilaría gran parte de la población europea: esta vez terminó enrolado en los ejércitos católicos de Alemania, pero antes de marchar al combate como artillero, entró en cuarteles de invierno y se refugió en la localidad de Neuburg, en lo alto de una colina, frente al Danubio. Y fue allí que experimentó los famosos tres sueños que le brindaron los fundamentos de su filosofía. Durante el último de estos sueños, según sus notas, “el Espíritu de la Verdad” le planteó una pregunta crucial, cuya respuesta convirtió al joven aventurero en el pensador que conocemos:

“¿Qué camino seguiré en la vida?”

Participó de la decisiva batalla de la Montaña Blanca (cerca de Praga), renunció a la vida militar y siguió viajando (quizás hasta el Medio Oriente), meditando y aprendiendo, para finalmente regresar a su patria en 1622, cuatro años después de la partida. Ya con 26 años a cuestas, la sociedad que lo rodeaba lo consideraba un paria, pero en el fuero íntimo había logrado construir una idea clara de hacia dónde se dirigía.

“Mas cuando hube pasado varios años indagando en el Libro del Mundo, un día tomé la resolución de estudiar también en mí mismo, y de emplear todas las fuerzas de mi espíritu en la elección de la senda que debía seguir”, agrega en el *Discurso*.

Era el momento de “sentar cabeza”, pero no pudo hacerlo en su Francia natal: así como el Eterno del texto bíblico manda a que Abram abandone “la casa de sus padres” para dirigirse “a la Tierra que Yo te mostraré”, así un Descartes de ya 33 años, en 1629, decide vender todas sus pertenencias, marcharse (esta vez para siempre) de la tierra de los ancestros, y migrar a las Provincias Unidas (o Países Bajos), donde gracias a sus inversiones en el Banco de Ámsterdam, obtendría lo suficiente para vivir durante las siguientes dos décadas, con la austeridad de un retiro casi monástico, en diversas ciudades y aldeas holandesas.

Envía en 1631 una carta desde Ámsterdam a su amigo Balzac, ufanándose de la libertad que le otorgaba el exilio:

“En esta gran ciudad donde estoy, no hay un hombre, excepto yo, que no se dedique al comercio; todos están tan atentos a sus ganancias, que yo podría permanecer aquí toda mi vida sin que nadie reparase en mi presencia. Salgo a caminar todos los días entre la confusión de la innumerable muchedumbre, con tanta libertad y descanso como usted por entre las alamedas que lo rodean...”



El Banco de Ámsterdam en 1609.

Escribirá, pues, casi toda su obra en las Provincias Unidas.

Sin embargo, el ambiente de extraordinaria libertad experimentado en los primeros años, se iría complicando en la medida en que sus textos comenzaran a incomodar a los clérigos protestantes de la patria adoptiva.

En los últimos años, fue un hombre perseguido al que ya le costaba esconderse, y el cansancio de la edad empezaba a mermarle las energías.

Fue entonces que le llegó la invitación de la Minerva del Norte, Cristina, reina de Suecia, y terminó embarcándose hacia su morada final: el invierno sueco.



El cráneo de Descartes, robado de su sepultura en Estocolmo tiempo después de la muerte del filósofo, tal como le fuera presentado al autor de esta nota en un sótano de París.

En cuanto a mí, la caminata en aquella helada madrugada de enero en Estocolmo, fue uno de los momentos cruciales de la serie de viajes que, como parte de las investigaciones para mi escritura sobre Descartes, me condujeron de Copenhagen a Cracovia, de Fez a Chatellerault, de Neuburg a los mares del norte, de Ámsterdam a los castillos de Turena, y de las tantas biografías que se han escrito sobre el peregrino devenido filósofo, a la Historia de la Filosofía y al “conócete a ti mismo” revelado en Delfos.

Y en otro enero, el metro de París me condujo a un sótano donde cierto amable director de museo colocó en una mesa, frente a mí, el cráneo de René Descartes junto al de un hombre de Cromañón. Entonces, con el espíritu arrebatado sentí presente, como nunca antes, la historia de aquello que atravesó toda la existencia de Descartes: el enigma de la mente humana.

Cerca de ese subsuelo, en otro barrio de París, Lacan dijo a sus alumnos del Seminario que, sin Descartes y su *Cogito* (“pienso, dudo, por lo tanto existo”), Sigmund Freud, “cuyo proceder es cartesiano”, jamás habría fundado el psicoanálisis.